Num. 33 DOMINGO 17 DE NOVIEMBRE DE 1839. 6 ctos

La Redaccion y administracion se hallan establecidas en la calle del Príncipe, número 15 cto. segundo de la izquied.

La Esperanza,

Se suscribe en Madrid en la librería de Cuesta, frente de las covachuelas, en la estamp. de Valle, calle de Carretas.

PERIODICO LITERARIO.

Cosme I de Medicis.

(*Continuacion*)

No tardó mucho en publicarse por toda Italia las grandes fiestas que se preparaban en Florencia, dispuestas por el gran duque, apresandose para asistir á ellas todos los jovenes que componian la nobleza de Napoles, Milan, Roma, Piza, Verona, y otros puntos, para gozar de las diversiones que les ofrecian. Todos los caminos que conducian á la capital de Toscana, se veian cubiertos de caballerias, de carruages, de magnificos trenes, y de lujosas literas; á Florencia! á Florencia! decia todo el mundo, como en otro tiempo y en muy distintas circunstancias, decia Regulo: *á Cartago! á Cartago!*

Cosme se regocijaba, creyendose dichoso, en medio del lujo y magnificencia que le rodeaba; pues como soberano ilustrado, á la par que habil negociante, calculaba que aquellos gastos y sacrificios que hacian la republica y los particulares, debian de redundar en provecho de las cajas del estado, y del bien general; asi es que interiormente se vanagloriaba de haber sido el primero que habia dado el ejemplo de una prodigalidad que tan felices resultados debian ocasionar segun sus calculos. Lleno el corazon de entusiasmo, con estas ideas, dejaba con frecuencia su palacio para ir á mezclarse entre los obreros destinados á los trabajos de las fiestas, y su presencia, era siempre saludada con victores y gritos de alegria y de reconocimiento: entonces se volvia á los consejeros que le acompañaban, quienes le criticaban los gastos estraordinarios que hacia y les decia: ois al pueblo, ¿pues *voz populi, vox Dei*, añadiendo en seguida: preciso es desengañarse señores; el lujo es la ruina de un pais pobre, sin comercio y sin civilizacion; pero por el contrario es la vida, el triunfo de un pais rico y comercial. La Toscana es la primera casa de comercio del mundo, asi como el santuario de las artes; y Florencia seria el pueblo mas grande del universo, sino existiesen los franceses.

La llegada de los embajadores se verificó el 13 de noviembre de 1562. En la mañana de este tan deseado dia por toda Florencia, el cardenal Juan de Médicis entró en la habitacion del gran duque y le dijo:

—Padre mio, venia á pediros una gracia. Hablad le contestó Cosme; si es justa la oiré con placer y os la otorgaré incontinenti.

—Hoy vais á ser padre mio, objeto de un sin cuento de homenajes y felicitaciones: árbitro de tres grandes potencias, el padre de familia va hoy á ceder su puesto al hombre de estado, al politico profundo; por lo tanto hoy, padre mio, debereis olvidar cuidados domesticos y no apreciar en tanto la presencia de vuestros hijos. Permitidme pues, que parta á nuestro castillo de Rossiquano, para entregarme al placer de la caza. Harto tiempo á que tengo esos deseos y aun no he podido realizarlos. El momento es el mas favorable, porque mi título de cardenal, hace mi presencia, cuando menos inutil; particularmente el dia en que recibais al Embajador turco; pues la purpura de un príncipe de la Iglesia, no debe mezclarse con el traje y los adornos de un sectario de Mahoma.

—Juan, le contestó el gran duque, ideas muy severas tendriais en política, si solo ese el motivo fuera que á el iros á cazar te impele; pero figuraseme conocer vuestros verdaderos sentimientos. Lo que quereis es, aprovechar un dia de general olganza y asueto, para sin miedo y sin testigos entregaros a una diversion que es á la verdad muy poco conforme con la dignidad y el caracter de vuestro empleo.

—Efectivamente padre mio, habeis penetrado mis designios.

—Pues en premio de la franqueza que usais, os prometo no poner ningun obstaculo en la realizacion de vuestros deseos. Marchaos pues á Rossiquano, y solazaos mucho.

Despues de una leve pausa continuó:

—Y cuales son vuestros compañeros?

—Solo mi hermano D. Garcia ha resuelto acompañarme; el conde de Nosvare, el marques de Castelforte, Aldobrandini, en fin todos mis jovenes amigos han preferido hoy los placeres de la capital, á la soledad de los bosques.

—D. Garcia os acompaña! dijo el Duque con un jesto de sorpresa

—Yo le estoy por ello muy agradecido, respondió el cardenal, sin apercibirse de la emocion de Cosme.

Efectivamente, un pensamiento siniestro anubló la imaginacion de Cosme, de modo que casi iba ya á retirar su fatal permiso: pero como no queria reanimar odios mal apagados, manifestando una desconfianza, tal vez infundada á la par que ofensiva para D. Garcia, se contuvo y volviendo á tomar su aspecto impasible le dijo al Cardenal id, pues, con Dios á encontrar á D. Garcia.

—A Dios, padre mio.

El Cardenal dió algunos pasos para retirarse, y Cosme, impulsado por una fuerza irresistibJe le llamó diciendole:

—Juan, no quereis antes de partir, abrazar á vuestro padre?

—Oh, señor! no me atreví á pediros dos gracias á la vez.

El padre y el hijo entonces mantubieronse avrazados largo tiempo y por fin se separaron. Apenas el Cardenal habia bajado los últimos escalones del palacio, el gran duque llamó á Alberto Bastini, page audaz y valeroso, que hacia mucho tiempo estaba á su servicio.

=Alberto, le dijo el gran Duque; monta á caballo, sigue por do quier al Cardenal, como su sombra, y conducelo esta noche á palacio.

=Señor, si el Cardenal no está esta noche en vuestros brazos, será porque Alberto habrá dejado de existir.

=Si, sálvalo de un lazo que le han tendido: corre, vuela, y vuelve con él á éste sitio á media noche.

=A media noche, repitió el paje, lanzandose fuera de la habitacion de Cosme.

En tanto, la artilleria de los fuertes y el repique de campanas de todas las iglesias de Florencia, anunciaban ya la entrada de los embajadores en la capital de la Toscana; el duque entonces secó sus humedos ojos y en su frente llena de pesar colocó la corona ducal. Hasta aquí he sido padre, esclamó seamos ahora rey, y presidido de su corte, cubiertos de oro y acero, se dirijió al salon de las batallas y se sentó en el trono de marfil de Lorenzo de Medicis.

Refulgente por la iluminacion y lujo que ostententaba el ducal palacio, la noble Florecia, rival entonces de Roma y de Venecia, parecia haber heredado aquella noche las majicas maravillas de los pensiles de Armidia. Las aguas del Arno, saltando en medio de los aires en forma de surtidores, rociaba los porticos de verdura. Una lluvia de flores caia incesantemente sobre las rubias cabelleras de las jovenes doncellas que formaban graciosos grupos en medio del anfiteatro de marmol, dedicado en otro tiempo á Mario, vencedor de los Cimbros. Mas lejos en un vasto teatro divertian al pueblo con sus farsas, los histriones, el polichinela de Napoles, el arlequin de Bergamo, la escaramucia de Roma y el tribelino de Boloña. Mercaderes de todas las partes del mundo habian instalado sus elegantes tiendas en las dos margenes del rio; los turcos, los tirios los marselléses, vestidos todos con sus trajes nacionales, ostentaban sus ricas telas, sus preciosos tejidos, mientras que los hungaros, los españoles y flamencos, se esforzaban en llamar la pública atencion para vender dagas, puñales cincelados de Toledo, y de Semlin, y otras varias obras de marfil y de madera, sus rosarios y crucifijos. Los traficantes portugueses que llegaban de las Indias, descubiertas hacia poco menos de un siglo, manifestaban frutos desconocidos: tortugas de un grandor estraordinario, loros de varios colores y vestidos de plumas de avestruz. Los juglares de Roma y de Francia montados en diferentes especies de carros, cautivaban la atencion de la multitud con la relacion de apocrifos viajes, curas maravillosas y consejas portentosas. En tanto que el pueblo de Florencia, turbulento, embriagado de alegria y por la fuerza del sol, y la olura de las flores y de los vinos de Chipre y Siracusa, al goce de los placeres se abandonaba, los gondoleros del Arno, de pie y apoyados sobre los remos, dentro de sus gondolas, que amarradas estaban á la orilla del rio, entonaban uno de aquellos himnos melodiosos que revelan al alma todos los deleites de la celeste patria.

Las doce de la noche sonaban en el enorme reló de la Catedral, y fue la señal para dar principio á los fuegos artificiales que ostentarse debian en la grande plaza, frente al ducal palacio. Cosme de Medicis teniendo á su diestra al embajador Turco, y al de Gerona y Venecia á su siniestra, iba á sentarse sobre el trono cubierto de ricos tapices de Persia, que pre-

parado le habian, cuando un homre adelantandose con precipitacion por medio de guardias, le dijo al oido.

—Señor, el Cardenal Juan acaba de ser hallado muerto en el bosque Rosiquino.

—¡Muerto! murmuró el gran duque, sin manifestar mutacion alguna en su semblante. Decid mas bien asesinado. Y cumplis asi, Alberto, lo que esta mañana me prometistes?

—Señor, el Cardenal y su hermano D. Garcia no han ido por el camino real, y por eso no he podido reunirme á la partida de caza, hasta despues de anochecido y cuando lo efectué, ya el Cardenal se habia alejado de la comitiva, para no volver á parecer.

—Está bien; disponed que lleven con todo el sigilo posible el cadaver del Cardenal á mi habitacion, y que su muerte sea un secreto para todo el mundo; parte á Rosiquino, y conducemo aqui á don Garcia. Alberto, silencio y prontitud!

Alberto desapareció y Cosme haciendose superior á su sentimiento, ocultó á los ojos de todos la pena que le agoviaba riendose se dirijió hacia la balaustrada y saludó por tres veces al pueblo, cuyos gritos y vivas se confundian con el ruido de la artilleria.

(*Se concluirá*)

Las Ruinas de Soulordou.

Inmediato á la ciudad de Cluny, en la Picardia, entre fragosas y erizadas montañas, se elevan sobre una roca las solitarias ruinas del castillo feudal de Soulourdou, perteneciente en otro tiempo á los Guisas. Estas ruinas consisten solamente en algunos trozos de murallas, que marcan la circunferencia de aquel viejo edificio. Dos ó tres salones desmantelados, una torre medio demolida, á la que aun se puede subir por una escalera espiral, algunos fragmentos de construccion gótica, que se descubren entre los arbustos y espesos ramajes, tales son los restos de aquel soberbio monumento, morada en otro tiempo del orgullo y del poder. Su posicion en medio de los bosques, su aspecto verdaderamente salvaje y melancolico y las historias prodigiosas de rasgos y apariciones que se le atribuyen, hacen que ningun curioso se aprosime, y que solo de lejos se le contemple con temor y veneracion.

Una tarde de las calorosas del mes de julio, en que el cielo cubierto de pardas nubes anunciaba una proxima tempestad, llegaron á la selva de Soulourdou una partida de jovenes cazadores, buscando donde guarecerse, todo el tiempo que durase la tormenta. "Vamos dijo el mas joven á las ruinas de ese viejo castillo, y allí encontraremos donde ponernos á cubierto." ¡A las ruinas de Soulourdou! esclamaron con espanto tres de sus compañeros. Luego se pusieron á contar, come testigos oculares que habian sido, las escenas terribles y espantosas que pasaban en el castillo, durante la noche; y lo decian de una manera tan afirmativa, que nadie pudiera contradecirlos sin faltar á la buena educacion. Señores, dijo el joven despues de haberlos escuchado, yo voy á dormir esta noche á las ruinas de Soulourdou. En vano trataron de disuadirle de su proyecto, diciendole que las fantasmas y apariciones que ellos habian oido y vis-

to, tal vez no serian otra cosa que alguna partida de forajidos, pero que siempre seria una temeridad el intentar acercarse á tan misteriosa mansion. El atrevido cazador no escuchó razones, y tomando su escopeta, y algunas provisiones de boca, se encaminó al pavoroso edificio, por medio de las sinosidades que le cercaban. Recorriendo las silenciosas ruinas, encontró un paraje cómodo donde pasar la noche, un pórtico embovedado que conducia al pie de una escalera de la torre, donde encontró tambien una gran piedra que pudiera servirle de mesa sobre la qué, al punto colocó sus provisiones, formando despues un lecho, con el abundante musgo que alli crecia.

La noche llegó en fin, encapotada y borrascosa. Mústia y palida la luna asomaba de cuando en cuando por entre los negros nubarrones, que cruzaban la atmosfera. Un viento humedo y frio silvaba á traves de las oscuras bovedas, agitando los matorrales espinosos que crecian sobre los altos muros, y haciendo rodar por la escalera de la torre alguna que otro piedra, cuyo ruido lugubre y pavoroso, era repetido por el eco. El joven á pesar de su escepticimo filosófico, prestaba atento oido al mas liero rumor, y cuando solo oia los ahullidos de los lobos y raposas que recorrian aquellas asperezas, parecia tranquilizarse.

Ya se habia echado sobre su lecho de musgo con el objeto de dormirse, cuando oyó de repente un jemido que le hizo estremecer: volvió los ojos hacia la escalera de la torre, pero la noche habia cerrado enteramente, y nada pudo distinguir: á poco rato oyó otro jemido mas cercano que el anterior, parecido al silvido de una serpiente ó al gruñido feroz de una pantera. El joven se levantó y echandose á la cara su escopeta, preguntó con voz arrogante: ¿Quién vá?

Cesaron los gemidos; pero un grito sonoro y penetrante, á la par que ronco y desapacible, se oyó á los pocos instantes pronunciando con claridad estos acentos: «*hoú, hoú, hoú*. Despues la torre se conmovió, y varias piedras rodaron por la escalera. El cazador sentia palpitar su corazon con violencia, porque el principio de aquella aventura convenia perfectamente con la relacion que le habian hecho sus compañeros. Pero recobrando un poco su valor, se dirijió á tientas hacia la escalera y al traves de las espesas tinieblas se ofreció á su vista el espectáculo mas espantoso que imajinarse puede. Cuatro ojos de un tamaño enorme, brillantes como carbones encendidos, se fijaron en él, de un modo siniestro.... Un sudor frio bañaba la frente del temerario joven; sus cabellos se erizaban, y temblaban todos sus miembros. Sin embargo no perdió el sentido, y haciendo un esfuerzo apuntó con su escopeta á los temibles ojos y disparó sin vacilar.

Al horrisono fragor de la polvora, la torre se estremeció, y el cazador temiendo quedar sepultado entre los escombros procuró alejarse del peligro, buscando otro parage mas seguro donde pasar lo que restaba de noche; pero la oscuridad y los obstaculos que le presentaba el terreno, no le permitian caminar con la velocidad que deseaba. De repente y como por encanto, se iluminaron las solitarias ruinas, con una luz brillante, como la de muchas antorchas encendidas. El joven quedó petrificado de espanto con esta nueva y terrible aventura, oyendo despues multitud de voces que le llamaban por su nombre. Entonces reconoció con alegria, que eran sus compañeros los que le llamaban, quienes arrepentidos sin duda de haberlo dejado

solo, y habiendo oido la detonacion le buscaban con hachas de viento por medio de las ruinas. Contóles al momento lo que le habia pasado, y todos reunidos se dirijieron á la torre y en el mismo sitio donde habia visto brillar los ojos encontraron moribunda una figura mónstruosa con grandes alas tendida sobre el suelo. Su cabeza era grande como la de un niño, redonda y sobre cargada de dos especies de cuernos mobiles, y sus ojos perfectamente circulares, mayores que los de persona, convexos, y circuidos de dos gruesos parpados. Su pico era chato, ribeteado de unos pelos rojos y erizados, y sus patas tenian cuatro dedos armados de grandes y afiladas uñas, parecidas por su figura y tamaño á las del tigre.

Este pájaro disforme era una especie de buó, á quien los franceses llaman *le gran Duc*, que habitaba aquel viejo torreon con su compañera, hacía muchos años, y es la mayor de las aves nocturnas. Su cabeza está adornada de dos penachos de pluma casi negros; su plumage tiene un color tornasolado, con rayitas oscuras.

Su capa es mucha mas oscura que lo demas de su cuerpo, y sus patas fuertes y vigorosas estan cubiertas de pluma, hasta las uñas. Esta ave es bastante rara en Francia: y por lo regular habita en la ruinas, y pocas veces descansa sobre los arboles. Como las demas aves nocturnas no sale de su nido, sino cuando empiezan los crespúsculos á pesar de que sus ojos resisten mejor la luz que las otras especies de búos, fuerte y valeroso no teme á las aves de rapiña y hace la guerra á todos, sin que por esó deje de perseguir las liebres y los conejos, y devorar los pequeños cervatillos, por lo que todos estos animales la tienen un horror y antipatia invencibles. Cuando sale de su retiro y encuentra alguna bandada de cuervos, al punto se trava el mas obstinado combate. El buo vencedor los pone en precipitada fuga, y rara es la vez que no queda algun prisionero entre sus uñas.

Este pájaro es comun en Alemania y Rusia, y pocas veces baja á la llanura. Entre las rocas y las ruinas forma su nido de ramas y hojas secas. Pone dosó tres huevos mas gordos que los de gallina, cenizosos y redondos: tiene mucho cuidado de sus polluelos, y como estos son sumamente voraces, se ve en la necesidad cuando esta criando de hacer sus espediciones de dia, lo que no pueden hacer las demas aves nocturnas.

El joven cazador quedó satisfecho con su hallazgo, y con la prueba de valor que habia dado á sus compañeros, las ruinas de Soul-Courdou no fueron ya objeto de terror en lo sucesivo.

POESIA.

(*Dedicada à la señorita doña E. Q.*)

El pintor ciego (1).

Qué se hizo la risueña primavera?
Qué de los frescos prados el verdor?
Qué la tinta de azul que el cielo tiñe?
Qué del astro benéfico el fulgor?
Dónde la luna su argentado disco
luce y platea un mundo en derredor?
En dónde se contemplan las estrellas
con esplendente y puro resplandor?
Todo despareció cual humo leve:

(1) Esta composicion ha sido inspirada por la desgracia del celebre D. Antonio Esquivel que ha perdido la vista en la flor de su edad.

todo al perder la vista lo perdió:
la vista, el don mas grande con que al hombre.
le dotó la bondad del hacedor.
Mísero ciego que al nacer al mundo
ciudades bellas y opulentas vió,
y campiñas amenas y frondosas,
y vió brillante y refulgente el sol:
airado el cielo en su terrible saña
al pintor infeliz tremendo hirió,
privándole tirano de la vida,
cuando la vista, cruel, le arrebató.
Los ojos que en los ojos de una esposa
enclavabas, cuitado, con amor,
marchitos, muertos á la luz del dia
revelarla no pueden tu pasion.
Podrá tu lengua con ternezas dulces
pintar tus sentimientos y tu ardor;
mas el lenguaje vivo y elocuente
que nace de un amante corazon,
y que solo se espresa con los ojos,
jamás podrás usarle, nunca, no.
Carecerá de aquel placer tan grato
que siente un padre con feliz candor
al admirar las gracias infantiles
de los frutos dichosos de su amor;
y si por grave herida amenazado
contempla al hijo fiel del corazon,
no le será posible con la vista
medir el riesgo del que tanto amó.
Tal vez pondrá la mano en las heridas
cuya sangre su lábio restaño,
sin poder en el rostro del que adora
los quilates pesar de su dolor.
Quien con fino pincel en débil lienzo
á ínclitos héroes existencia dió,
arrebatando el alma á los objetos
que de naturaleza nos mostró;
quien otro tiempo conmoviera al hombre
quien le hizo respetar su inspiracion,
ya tan solo de lástima conmueve,
ya solamente inspira compasion.
¿Qué causa habria para que los hados
mostraran con un hombre tal rigor?
¿En qué pudo ofender el genio al cielo
¿En qué ¡infeliz! el triste delinquió?
Su mision fue sagrada en este mundo:
cuando coje el pincel un gran pintor,
superior al comun de los mortales,
en la tierra se muestra un semi-Dios.
El es quien crea otra naturaleza:
inmortaliza de héroes el valor,
y los gloriosos hechos de la historia
los consigna á otra edad mas superior.
Gloria tan grande y tan apetecida
solo puede lograrla el gran pintor;
los cielos envidiaran tanta gloria,
y á su furor el triste sucumbió.
Perdida ya la vista, qué es el hombre?
Cadaver vivo, fuente de afliccion.
Solo para llorar tu desventura
ojos te quedan; mas para ver, no.

J. del P.

Sebastian Muñoz.

Pintor.

Nació en Navalcarnero y fue discípulo de Claudio Coëllo, de los mas adelantados y que con mas acierto siguieron su escuela. Aprovechó muy bien los primeros años de sus estudios, de modo que á los 26 de su edad pasó á Italia con el producto de algunas pinturas que ejecutó en Madrid para la entrada en la corte de la reina doña María Luisa de Orleans; asistió en Roma á las academias, estudios y monumentos públicos, aficionándose mucho á los preceptos de *Carlos Marati*, y á los 34 años regresó á España, habiendo hecho adelan-

tamientos considerables. Ejecutó infinidad de obras que son claro testimonio de su gran talento, y en todo, sus cuadros se notan buen dibujo, exactitud y buena conclusion, pasta y fluidez en su color y entonacion suave y armoniosa. Los dos mejores cuadros que en esta capital existen de su mano, estan en la actualidad en el museo de la Trinidad, y son: un *San Sebastian* de tres varas de alto y dos de ancho, estudiado con estremado gusto y hermoso colorido, espuesto al público en un dia del Corpus. El otro representa la reina doña *Maria Luisa*, muger de Carlos II, puesto en su altar de cuerpo presente, tal como estuvo en el salon de embajadores en el Palacio, cuya obra ejecutó Muñoz con grande acierto y minuciosa conclusion en los detaller. Este cuadro á pesar de estar perfectamente pintado, no lo querian recibir los frailes del Carmen, que fueron los que se lo habian encargado, por defectos que ellos suponian; y despues de muchas contiendas tuvieron que recibirlo y pagarlo como era justicia: Crasa ignorancia de aquellos monges!

Poco despues ocurrió pintar de nuevo la cúpula del convento de Atocha, y fue encomendada esta obra á Muñoz de consuno con Arredondo, ocasionándole al primero una muerte muy desgraciada. Muñoz asaz aficionado al baile, un dia empezó á bailar en el tablado sobre una de las tablas que mas se cimbraban, haciendo cabriolas de tal suerte, que falseando un nudo de las soleras que sostienen las carreras de las tablas, se hundió todo el andamio cayendo Muñoz sobre una perinola de la balaustrada de un altar y espiró á los pocos momentos. Este funesto acontecimiento acaecio el lunes santo del año de 1690.

F. V. H.

PUNTOS DE SUSCRICION EN LAS PROVINCIAS.

Alcoy, Cabrera; Algeciras, Grimalde; Alicante, Carratalá; Almería, Santamaría; Avila, Sastre Real; Badajoz, viuda de Carrillo; Barbastro, Laffita; Bilbao, Delmás; Burgos, Arnaiz; Cádiz, Hortal y Compañía; Cartagena, Benedicto; Castellon de la Plana, Gutierrez Otero; Córdoba, Lopez la Torre; Coruña, Perez; Ferrol, Tajonera: Gibraltar, R. L. Hepper; Granada, Bada y Linares; Guadalajara, Ruiz; Jaen, Orozco; Jerez, Leon, Bueno; D. José Miñon y Paramio; Logroño, Ruiz; Lugo, Pujol; Málaga, Carreras; Mahon, D. Juan Sitges y Farner; Orense, Gomez Pazos; Oviedo, Longoria; Palma, Guasp; Pontevedra, Sr. Administrador de Loterías; Reus viuda de Anjelon, Ronda, Fernandez; Salamanca, Blanco; Santander, Riesgo; Segovia, D. Domingo Alejandro; Santiago, Rey Romero; Sevilla, Caro Cartaya la Pila; Valencia, en la administracion de Correos; Valladolid, Pastor; Vitoria, Ormilugue; Zaragoza, Yagüe. Y en las administraciones de Correos de Arévalo, Barcelona, Buitrago, Cáceres, Ciudad Real, Huelva, Lérida, Murcia, Palencia, Santander, San Sebastian, Sevilla, Valencia, Tarancon y Tuy.

El precio de suscricion en Madrid es el de dos reales mensuales, y 10 por un trimestre franco de porte en las provincias.

Por el aumento de dos reales en Madrid, y 10 por un trimestre en las provincias, podrán adquirir los suscritores á la *Esperanza*, un cuaderno de novelas escogidas de los mejores autores.

Los números sueltos se espenden á 6 cuartos en los puntos de suscricion.

Madrid 1839: Imprenta de la Compañia Tipográfica.

LA ESPERANZA.

LUIS ARIOSTO.

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS · SECCION DE FOTOGRAFICO DEL SIGLO XIX